

AL BORDE
DE UN SUEÑO



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Catherine Parker Larrañaga
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: junio de 2024

RPI: 292.702
ISBN: 978-956-408-559-3

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

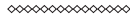
CATHERINE PARKER L.

AL BORDE
DE UN SUEÑO



 Planeta

PARTE I



Positano y el pasado

I

Positano

Años trabajando en corretaje de bienes raíces y nunca le habían asignado una propiedad cubierta por un manto de solapadas e intrigantes historias. Al parecer, el trabajo se convertiría en algo más que vender solo metros cuadrados de ilusiones para una familia, un empresario o un pequeño comerciante. Tal vez, por añadidura, aquella gran casa pondría a prueba sus habilidades, esas de las que se sabía dueña, segura e inquebrantable.

Lo esperaba hace ya casi un año y nunca estuvo más feliz de recibir una orden.

—Elizabeth, está todo listo. Pasado mañana, a primera hora, partes a Positano. El vuelo es directo a Salerno, ¿qué tal? —le dijo Esteban moviendo los pasajes de avión en la mano.

Los ojos de Elizabeth se clavaron en él. «El jefe manda y hay que obedecer», se dijo.

Hasta entonces, tenía bastante información, la suficiente para esgrimir los mejores argumentos de venta. Sabía que la ubicación era excelente: antiguo barrio residencial de clase alta en Positano. Calle arbolada con una hermosa vista al Mediterráneo y arquitectura provenzal de 1900, su favorita. Disfrutaría consiguiendo más antecedentes

comerciales del inmueble. Por el momento, solo contaba con un pequeño dossier que mostraba imágenes de una mansión maltrecha por los años, pero de gran belleza. Eran ochocientos cincuenta metros cuadrados de casa que, seguramente, cobijaron un pasado fabuloso, pensó al mirar las ajadas fotografías. Imaginó fiestas, niños jugueteando y brincando dentro de la gran piscina en el centro del jardín, mientras un pequeño *poodle* blanco ladraba asustado al ver que sus estridentes amos aparecían y desaparecían tras cada zambullida. Dibujó en su mente una familia numerosa rodeada de amigos, parientes y muchas Navidades repletas de luces decorando el enorme patio y sus ventanales.

La construcción era hermosa, a pesar de su deterioro; una techumbre de ladrillo, aún bien mantenida, coronaba la estructura de grandes vanos arqueados. La piscina, rodeada de lo que algún día debieron ser frondosos y verdes arbustos, presentaba un borde empedrado con algunas macetas de tierra seca enmarcándola.

Elizabeth esperaba ansiosa el momento de poder viajar a verla con sus propios ojos. Las fotos, de seguro, no hacían justicia a su grandiosidad, la que, a pesar del daño debido a décadas de abandono, seguía presente.

Sumergida en la fantasía de pensar en aquella casa, volvió a la realidad con la presencia de Esteban que, con su mezcla cincuentona entre Sean Connery y Alain Delon, la miró con ternura para emplazarla a reaccionar. Era la noticia más esperada por ambos:

—Elizabeth, ¿no dices nada? —preguntó sorprendido por su actitud impertérrita—. Elizabeth —insistió casi en tono preocupado—, ¿te pasa algo?

Su corazón dio un vuelco y un escalofrío la remeció con suavidad.

La voz ronca de Esteban, su mirada intensa demarcada por su ceja en alto y su blanca sonrisa que dibujaba una *sexy* línea en su mejilla la hicieron reaccionar.

—Sí, sí, es fantástico —dijo sacando el lápiz que sostenía el improvisado moño en su cabeza—. ¡Al fin! Ya era hora de cerrar este negocio —dijo con energía moviendo la cabeza y despertando del hechizo.

—Vaya, me asustaste. Pensé que no te gustaba la idea de terminar con esto. Después de tanto esfuerzo, ya casi es un hecho. La oferta está prácticamente aceptada, así es que esta noche celebramos por anticipado, y no acepto una negativa. Paso por ti a las siete —dijo enfático y se marchó antes de que ella encontrara alguna excusa para evitarlo.

Elizabeth vaciló, pero la ocasión ameritaba ser celebrada. Llevaban mucho tiempo tras la venta de aquella vieja mansión y por fin se acercaba el término del trato.

—¡Como usted mande, señor! —contestó con voz firme. Hizo un ademán militar y rio de buena gana.

Esteban volteó a mirarla y le devolvió una sonrisa cuando ya estuvo seguro de que la invitación había sido aceptada. En una rápida secuencia de imágenes en su cabeza, el rostro sonriente de Elizabeth le recordó el día en que llegó a la oficina.

Quedó encandilado. Su pelo peinado con vana intención de orden y sus alargados y ojos color miel bien abiertos expresando seguridad en sí misma, revivieron en él un sentimiento que creyó perdido. La muerte de su esposa apagó cualquier posibilidad de mirar a otra mujer con sesgo de romance, pero Elizabeth iluminó el espacio con su simpatía y respuestas certeras. No solo era inteligente, de opiniones agudas y decisiones rentables, sino que también embellecía el lugar con un aroma floral que recordaba siempre estar

en primavera. Su maquillaje, apenas perceptible, resaltaba sus largas pestañas y sus gruesos labios, siempre brillantes. Su mirada le dijo mucho más que sus recomendaciones curriculares y con la certeza del impulso eléctrico que recibió su corazón, no tuvo duda en contratarla. No aspiraba a nada más que a dar un poco de alegría y belleza a sus días de viudez.

Habían pasado más de dos años que, entre negocio y negocio, crecía en él un deseo por tenerla entre sus brazos, besarla, acurrucarla, protegerla. Aunque si de protección se trataba, eso era algo que ella hacía muy bien por sí misma. A pesar de su fría superioridad, sintió que podría derribar su armadura de Juana de Arco, esa que no la dejaba ver sus ojos anhelantes de cariño, esa que, si podía traspasar, le permitiría volver a amar.

Pero se interponía entre ambos un acantilado autoimpuesto por Esteban. El acantilado había sido atravesado por él varios años antes que ella. Le avergonzaba la idea de invitarla a cruzarlo, más bien, tenía miedo de que ella no quisiera arriesgarse. Ese abismo, de casi veinte años de diferencia, separaba sus tierras, sus cuerpos. Solo eso impedía su deseo por revelar sus sentimientos.

Esteban solía invitarla a comer para celebrar ventas exitosas, entregarle nuevos proyectos y desafiantes negocios. Cada cena era una oportunidad para acercársele, dejando ver, con sutileza, su interés por ella. Sin embargo, la juventud y ambición de Elizabeth solo veían la forma de llegar a la cúspide profesional. El romance no se interpondría en su camino. Transformaba con habilidad toda aproximación de Esteban en una charla de trabajo sobre tareas pendientes por organizar y reuniones que agendar, todas, cosas que nada tenían que ver con lo que él tramaba

para esos encuentros. Pero no renunciaría a la conquista; en algún momento encontraría el camino para hacer que permaneciera en la empresa y en su vida.

Para Elizabeth, la oportunidad que se le presentaba no la desaprovecharía por nada. Positano era el lugar de sus sueños. Había tenido la suerte de estar ahí años antes, pero con la sensación de necesitar más: más de sus calles, más de sus bares, más de su vida al borde del mar. Fantaseaba con vivir allí algún día.

Elizabeth contaba con habilidades únicas en el campo del corretaje. A veces, abusaba de saberse tan capaz e irremplazable que exigía comodidades extraordinarias. Esta vez puso como condición hospedarse en el Hotel San Pietro y pidió una provisión de gastos contundente, ya que tendría que permanecer allí más días de lo habitual.

El abogado del magnate, a quien mostraría la casa, llegaría dos días después que ella y, dado que la venta tenía gran relevancia estratégica, viajó con anticipación para dominar el escenario.

El vuelo fue dos horas y cuarenta minutos. En el aeropuerto de Salerno la esperaba Enzo, el chofer de la oficina en la ciudad. Con su riguroso terno negro y atento como siempre, guardó las maletas y le abrió la puerta.

—Buenas tardes, Enzo.

—Buenas tardes, señorita Elizabeth. Gusto en verla nuevamente.

—Gracias. Tal vez nos veamos más seguido en estos días, aunque estas callejuelas demandan hacerse más pequeño.

—Ya lo creo. Yo estoy a su disposición. Encantado de llevarla donde necesite. Usted dirá.

—Por ahora, directo al hotel, por favor —dijo ansiosa acomodándose en el asiento trasero.

Abrió la ventana, disfrutó del viento y del viaje por las estrechas y zigzagueantes calles.

La costa Amalfitana era una belleza de cerros empinados, repletos de casas decorando las escarpadas montañas de la geografía italiana. El moderado tamaño del lustroso Alfa Romeo los defendía de desbarrancar o quedar atrapados frente a un autobús de turistas. Lo mejor era desplazarse en motocicleta; ella ya tenía reservada la suya para los próximos días.

Al llegar a San Pietro, por un instante se sintió millonaria. El lujoso hotel en el risco más bello de la ciudad, rodeado de árboles que parecían flotar en el aire frente al Mediterráneo, la transformaban en una mujer adinerada que no era, pero que por algunos días disfrutaría de aparentar. Esteban le había permitido esos lujos momentáneos, esgrimiendo a que solo accedía a ellos por la importancia del negocio y los millones de dólares que reportaría en ganancias. La verdad era que su deseo más profundo por cautivarla lo volcaba satisfaciendo sus antojos. Para Elizabeth, su única meta era concretar la venta. Si lo lograba, podría aspirar, incluso, a ser socia de la compañía y pagarse algunos caprichos sin depender de nadie: su más aguda ambición.

Ya había vendido unas cuantas mansiones en el pasado y los viajes representaban el pan de cada día, sin embargo, este en particular era su mayor desafío. Las condiciones del inmueble podían ser una desventaja. Exhibirlo desde su decadencia impedía la posibilidad de deslumbrar a quien lo visitara. Pero ahí estaba su *expertise*. Ella sabía muy bien cómo sumergir al potencial comprador en las bondades de una propiedad desierta por años. Y para ello estaba en Positano con la anticipación suficiente que le permitiera

respirar cada uno de sus rincones e imaginar en lo que podría convertirse al ser reconstruido y remodelado.

A la mañana siguiente, junio le regaló la calidez de sus tibios rayos de sol colándose por la ventana de su elegante habitación. Una suave cama, con altos pilares de madera decorados con tul, repusieron sus fuerzas.

Un sillón de terciopelo verde, junto al secreter de caoba, impregnaba un aire imperial al entorno y la hacían sentir importante. Las cortinas de raso del mismo color brillaban con la tenue luz de la mañana. El desayuno, ordenado a la habitación, la esperaba sobre la mesita frente al ventanal. Caminó hacia ella sobre la abultada y suave alfombra, y se sentó a contemplar el espectáculo que dibujaba la naturaleza. Un Mediterráneo ondulaba con suavidad y la luz dorada cubría los cerros de envejecidas construcciones que colgaban de los empinados riscos de aquella costa. El mar, cual espejo, reflejaba algunas nubes amarillas y rojas. Era el esplendor de un amanecer que le auguraba fortuna. Respiró profundo. Comenzaba una desafiante tarea.

Cuando sus pensamientos volvieron al trabajo, recordó a Esteban. Ahí estaba su sonrisa amplia, su mirada protectora y su hablar pausado. Pensó que tal vez todos los caprichos que le consentía tenían un propósito, y su piel se erizó poniendo en alerta un sentir que no quería transmitirle. Era un jefe perfecto y esperaba que así continuaran las cosas.

Dejó aquellos pensamientos de lado, pues debía llegar temprano a la oficina local. Ahí le entregarían las llaves de la mansión y «otras *indicaciones importantes*», había dicho Sofía. Esas palabras despertaron su curiosidad, pues no sabía qué otros antecedentes tendría que considerar en la transacción.

Antes de bañarse, quiso disfrutar un poco más del paisaje y del opulento ambiente a su alrededor, ese que solo gozaban quienes ostentaban altos cargos ejecutivos, y que de lograrlos ya le darían a ella también algunos derechos adquiridos cuando cumpliera con el ambicioso cometido.

En la oficina, Sofía la esperaba con un maletín repleto de detalles sobre la enigmática mansión. A Elizabeth su abultado tamaño le pareció insólito. Con los ojos abiertos de par en par y un tono de voz irritado, la enfrentó.

—¿Y esto? ¿Cómo es que en un año no lo he recibido en París? —dijo asombrada.

Sofía le confesó que hacía apenas un mes había logrado reconstruir todos los antecedentes de la propiedad y que, aunque lamentaba no habérselo entregado antes, debía prepararse para leer sobre una historia complicada. Hasta ese momento, Elizabeth sabía que la construcción era única y que, a pesar de su gastada vida, lucía imponente. Sabía de forma superficial que había cuentos y mitos que rodeaban su pasado. Se hablaba de amantes, asesinatos, enfermedades incurables y pasiones desenfrenadas con escalofriantes finales. Era una leyenda atrapada entre muros, susurrando secretos y rumores sobrevivientes a años de cuchicheo ciudadano. Incluso, se comentaba la existencia de un hijo abandonado que actualmente podría tener entre cuarenta y cincuenta años, pero de poco y nada se tenía certeza. Tal vez ese hombre, incluso, estaba muerto. Por ahora, solo eran chismes que iban de boca en boca y que habían logrado traspasar la frontera de varias décadas.

Elizabeth no esperaba semejante cartapacio. Sofía colocaba en sus brazos el peso de una información que apenas podía sostener. La subió al escritorio y comenzó a escudriñar. Entre los papeles oficiales, con antecedentes del

inmueble, encontró una serie de manuscritos cuyo color amarillento delataba los años que habían estado guardados. Aquellos no tenían que ver con detalles de construcción ni metros cuadrados ni especificaciones técnicas.

Mientras hurgaba, el desconcierto transformaba radicalmente su expresión. Sofía, al ver su cara, le advirtió que encontraría algo más que detalles de edificación. Ella había investigado en profundidad sobre el pasado de la mansión, con el fin de ayudarla a enfrentar preguntas que pudiesen dificultar la venta. «Descubrirás una compleja telaraña que tendrás que manejar con discreción», le había dicho, enfatizando que este era solo el comienzo de un intrigante pasado. Elizabeth la miró desconcertada y agradecida a la vez por su generosa labor, que también le reportaría a ella algunas ganancias extras. Atónita, volvió al maletín expectante de lo que hallaría. Tomó una de las separatas que decía: «El suicidio», y junto al escalofrío que la recorrió, comenzó a leer.

II

El suicidio

«Dios mío, perdona mi debilidad».

Con esa frase finalizaba el testamento de Gino Visconti en 1946. Con ella heredaba, a su esposa e hijos, una mansión y el desprestigio de la familia tras su suicidio. Una tormentosa y pasional vida, siempre repleta de amantes y mujerzuelas, había tomado su venganza. Un profundo desequilibrio, mental y emocional, le impidieron vivir con normalidad. Sobre su muerte corrieron los rumores de que, más que suicidio, había sido la revancha de un esposo celoso que, despedido, no soportó la traición de su mujer.

En esos años, la familia Visconti Peirano tenía dos hijos y, gracias a la fortuna reinante de sus antepasados, se sobrepusieron a la escasez de la posguerra. Parte de la sociedad de la época los consideraba una familia ejemplar, con vidas acomodadas, siempre celebrando fiestas y recibiendo a príncipes y monarcas. Otros sabían que escondían sórdidas historias que nunca develaron.

La residencia Visconti, al oeste de Positano, tenía una ubicación única. El entorno natural impregnaba de majestuosidad al lugar y los rayos del sol iban regalando, a cada hora del día, una nueva decoración en fuentes de agua, habitaciones y salones.

Varios pintores de la época pidieron retratar a sus habitantes en los distintos escenarios que ofrecía aquella atmósfera, pero quien mejor los capturó fue Spartacus Lombardini, quien, al inicio de su oficio, fue descubierto por el abuelo de la familia en la plaza de la catedral de Santa María Aussenata. Allí, Spartacus retrataba a turistas y lugareños, demostrando sus asombrosas dotes. El realismo de sus obras hacía que parecieran impresiones fotográficas, por ello, ya en 1910, don Pietro Talone Visconti lo hace partícipe de sus proveedores de arte y lo contrata como retratista, con el fin de inmortalizar la bella mansión y a quienes vivían en ella.

Su deseo era perpetuar aquellos años de opulencia familiar. Su esposa y quienes vivieron con él fueron retratados en muchas de las habitaciones de la casa, por lo que quedó registro indeleble de la grandiosidad de aquellos años. Incluso, algunos de sus antepasados formaron parte de la galería. Varias de sus obras se exhibirían en destacados museos de Roma y París.

Pero el brillo de esos tiempos quedó ensombrecido cuando el cuerpo de Gino fue hallado en el acantilado de la villa. Llevaba tres días desaparecido, cuando la policía, en una nueva ronda de búsqueda, descubrió una nota bajo la alfombra persa que vestía parte del piso donde estaba su sillón favorito en el estudio, a orillas del risco. El espacioso lugar tenía un escritorio victoriano, un sillón de felpa roja y una cama de gran tamaño en la cual pasaba noches solitarias, despejando problemas de inversiones familiares o leyendo la novela del momento. Con ello, perdía la noción del tiempo. Para no molestar e interrumpir el sueño de Anett, dormía en el estudio. Pero las habladurías decían que, en realidad, escondía amantes y prostitutas del pueblo

con quienes disfrutaba de frenéticas veladas. En ese tiempo, nadie pudo comprobarlo, pues no se encontró evidencia alguna de ello. Siempre fue cauteloso en cubrir cualquier señal de adulterio. Pero su conciencia fue más poderosa. Imposibilitado de lidiar con su pecado, se lanzó al acantilado. Anett no merecía cargar con su fatídica decisión. Era una mujer bella, femenina, esposa y madre abnegada.

El hallazgo de esa nota y el testamento encima de su escritorio dieron las pistas de que había sido un suicidio, y fue entonces cuando la búsqueda se centró en la forma: solo había dos caminos: un arma o el vacío. Lo encontraron estrellado en una roca, completamente irreconocible, salvo por su anillo.

Absorta e impactada por lo que estaba descubriendo, Elizabeth no pudo parar de leer los detalles de lo sucedido en aquella casa. Agradeció haber llegado temprano y tener el tiempo suficiente para prepararse. La venta sería toda una aventura.

Hizo una pausa a la ansiedad que la empujaba a seguir leyendo para ir en busca de un café. La siguiente separata decía: «La prostituta».

III

La prostituta

El dolor la atravesaba. A pesar de haber vivido siempre en la clandestinidad, su vientre albergaba parte de quien en verdad había amado. No había sido sexo de una noche, sino más bien años de encuentros secretos. La relación tenía pasión, complicidad, y para Gino estar entre sus brazos era una pausa para la rutinaria y apagada vida junto a Anett. Le había confesado muchas veces a Juliette, que a su lado se sentía libre; libre de apariencias, de exigencias, de compromisos, de que con ella podía ser simplemente él. Juliette jamás pidió nada más que respeto, a pesar de su poco digna profesión, solo con eso era feliz. Gino la necesitaba, la quería en exclusiva, por lo que a los meses de estar juntos decidió pagarle una mensualidad que le permitiera dejar de entregarse a otros hombres. Esto la rescató del sórdido mundo que la rodeaba en casa de Madame. Con aquel dinero Juliette pudo pagar el alquiler por una habitación en la casa de una anciana casi ciega y trabajar de limpiadora en un monasterio a las afueras de Positano. Era el único lugar en donde su reputación era aceptada y perdonada, y donde aprendió los verdaderos valores de la vida: compromiso y rectitud. Poco de eso asimiló cuando fue abandonada tras la muerte de sus padres. En aquel entonces, con tan solo

cinco años, quedó huérfana y al cuidado de una abuela a quien apenas le importaba su existencia.

Pero Juliette quería ser una mujer íntegra y formar algún día una familia normal. Soñaba con Gino a su lado y con la posibilidad de ser feliz, haciendo frente a la realidad. Soñaba con que lo dejara todo por ella. Y con ese sueño pasaron años juntos, hasta que la noticia de su embarazo trastornó a Gino.

Sin afán de chantajearlo, había compartido con él la alegría de tener en su vientre al hijo de ambos. Había fantaseado con que tal vez con aquella noticia podría concretar el anhelo de estar junto a él aunque fuese entre las sombras. Pero Gino no pudo enfrentarlo, no podría esconder más mentiras. Tener un hijo con una mujerzuela mancharía su honra y la de su familia por siempre. Eso no pudo soportarlo. Su esposa e hijos no lo merecían. Y su decisión fue radical: saltar al vacío para evitar el escándalo.

Juliette sufrió en silencio y desolación su desgarradora pérdida. Ese día marcaba el comienzo de una lucha por alimentar y criar a una criatura indefensa que, desde entonces y para siempre, sería su completa y titánica responsabilidad. Gino estaba muerto y nada cambiaba eso. Debía buscar un trabajo digno, algo que le permitiera mirar con la cabeza en alto a cualquiera, y hacer que su hijo, aún no nacido, pudiera sentirse orgulloso. Para lograrlo, tendría que abandonar Italia y buscar un lugar donde fuese una completa desconocida.

En busca de trabajo para alguna modista de la alta sociedad, partió a Provins, un pequeño pueblo en las cercanías de París. Había escuchado que en ese lugar estaban siendo muy requeridas las ayudantes de costura; y con sus habilidades, aprendidas de pequeña junto a su abuela, algo

podría hacer. Ese oficio era el único legado que recibió de una vieja que poco cariño le entregó.

Al llegar a Provins, su embarazo mostraba siete meses de un abultado vientre. Puerta a puerta, fue pidiendo hospedaje y trabajo. Cuando casi perdía las esperanzas de lograr algo, una mujer mayor llamada Grir se compadeció de su estado y la recibió.

Viuda y sin hijos, Grir vio en Juliette la hija que nunca tuvo y a su nieto o nieta en camino. A cambio de techo y comida, Juliette se convirtió en su asistente. Para su suerte, Grir tenía un pequeño atelier y ya no era capaz de tomar todos los trabajos de confección. Tampoco su edad la ayudaba a lograrlo con rapidez. Juliette representaba esa posibilidad: más trabajo y dinero para ambas, por lo que Grir le ofreció parte de las ganancias si el negocio crecía con su llegada. Juliette casi no dormía. Aprendió a bordar y a realizar delicadas aplicaciones con hilos dorados. Los vestidos de las damas de la alta sociedad se transformaban en piezas exclusivas y exuberantes. Cada costura, cada aplicación se hacía punto a punto con meticulosa dedicación. Tul, seda, terciopelo, gasa y satén brillaban en aquel modesto atelier. Mesas, muros y sillas, siempre estaban repletos de género. Sumergidas bajo ellos, empezaba a correrse la voz de que el atelier de Grir era uno de los mejores y así, el boca a boca lo hacía el más demandado. Las damas de la época lo buscaban impacientes para lograr el vestido exclusivo con el cual deslumbrar en las fiestas de la corte. Muchas clientas esperaban semanas, y a veces meses, por una sesión para tomar medidas y probarse la confección de los vestidos. El aumento de trabajo le reportaba a Juliette un buen puñado de monedas que comenzaba a ahorrar para su hijo. Estaba pronta a dar a luz.

La historia se puso cada vez más interesante. Elizabeth sintió estar leyendo una novela. Le apasionaba la idea de poder entrar en la mansión e impregnarse de aquellas truculentas vivencias.

Hizo una pausa para preguntar a Sofía cómo había obtenido toda esa información. Le dijo que, después de enterarse del suicidio, se vio obligada a investigar detalles que consiguió en la biblioteca de la ciudad. También en los archivos de prensa de la época obtuvo gran parte de los antecedentes; y los demás los consiguió en el museo de arte, donde encontró algunos de los retratos de la familia y datos de la donación de los mismos. Otros jugosos apuntes los obtuvo en conversaciones con viejos vecinos del sector, algunos de avanzada edad, a los que ya no les importaba contar lo que de esa familia sabían y de lo que, incluso, habían visto. La intención de Sofía era profundizar en cualquier aspecto que pudiera frenar a compradores supersticiosos y les hiciera desistir de la adquisición al enterarse de algunas siniestras historias de la casa.

La idea era poner en alerta a Elizabeth de lo que ahí había sucedido y así darle la capacidad de rebatir cualquier cosa que llegara a oídos del comprador. Su maniobra era inteligente y Elizabeth lo agradeció. Sofía la emplazó a continuar estudiando y a prepararse, porque se pondría aún mejor. Sofía no quería estar en sus zapatos, pues ser responsable de la venta de ese peso histórico no era tarea fácil.

Elizabeth volvió al escritorio y continuó. La hoja en sus manos decía: «El ilegítimo».

IV

El ilegítimo

Los negocios con Grir iban viento en popa. Cada vez llegaban más damas de la alta sociedad a solicitar sus servicios.

Con las ganancias, lograron mudarse a una casa con más habitaciones. Esto les permitió distribuir de mejor manera trabajo y cotidianeidad: era atelier y hogar al mismo tiempo.

Las construcciones en Provins eran de buen nivel, lo que les dejó darle una cara renovada al taller. Habían vendido la pequeña casa de un piso y dos habitaciones para comprar ahora una de tres niveles. El primero de ellos era el salón para recibir a las señoras y sus acompañantes. Ahí exhibían algunos vestidos terminados, solo con el propósito de mostrar la calidad de las prendas. En el mismo lugar estaban las telas, hilos y los distintos materiales que usaban para las aplicaciones. Era el área de seducción de las clientas, decían, ya que lograban hacer volar su imaginación al enrollarlas entre las telas y probarles cristales, encajes y piedrecillas que conseguían con proveedores baratos, pero de buena calidad.

El segundo nivel era el área más íntima. En este lugar se tomaban medidas de busto, cintura, cadera, largo de mangas y se conversaba sobre las necesidades y gustos de cada mujer. Además, una vez que la confección avanzaba,

se realizaban las pruebas. Otro sector de este nivel lo habían adaptado para sus habitaciones y las del bebé que no tardaba en llegar.

El tercer piso era un campo de batalla. Máquinas, hilos y costureras trabajaban arduamente para realizar la pieza final.

Grir no podía estar más contenta. Juliette llegaba en el mejor momento, reportando dicha, prosperidad y grata compañía. Estaba feliz y sorprendida de la fuerza de Juliette, quien, a pesar de su avanzado estado, jamás se quejó. En plena mudanza tuvo espléndidas ideas sobre la distribución de cada cosa. Su compañía era una placentera conveniencia.

Después de dos meses y medio en la nueva casa, Juliette dio a luz. Era un hermoso niño. Su piel blanca y suave le recordaron con nitidez a Gino. Su corazón dio un vuelco inevitable de alegría y dolor. Los recuerdos se agolparon en su mente sintiendo una profunda desolación. La partida de Gino era como un frío y filoso sable que partía en dos su alegría de ser madre. La muerte de su amante y gran amor le marcaba la vida con sufrimiento.

Nunca supo muy bien de dónde sacaba fuerzas para continuar, pero cuando sintió a esa frágil criatura salir de sus entrañas, supo que era y sería su motor para seguir adelante. Su pequeñez y fragilidad la convencieron de que debía ser una leona protectora de por vida. Lo defendería contra todo y todos aquellos que osaran dañarlo. Lo amó desde el instante en que escuchó su primer llanto y contempló sus diminutos ojos.

El parto no había sido fácil. Gracias a sus contactos, Grir había conseguido a la mejor partera del pueblo, eso salvó la vida de ambos. El pequeño venía enrollado en el cordón y el útero de Juliette comenzaba a sangrar en forma desmedida. La agilidad y gran manejo de la matrona volvieron

los colores casi desvanecidos a los rostros de aquel niño y su madre. Juliette, con voz suspirosa, aún tenía fuerzas para agradecer a Grir.

Al volver a mirar a esa frágil criatura, lo llamó Gian Piero, cuyo significado era «gracia de Dios» y «roca fuerte». Esos eran los sentimientos que despertaba en ella esa frágil criatura. Su hijo era la gracia otorgada por el cielo y su deseo, que fuera tan fuerte como una roca para enfrentar la vida que le tocara vivir.

Elizabeth no pudo parar de tragar hojas y hojas repletas de episodios como sacados de un libro; fuerza, perseverancia y lucha iban descubriéndose en cada línea. La hora avanzaba, pero aún tenía tiempo para seguir leyendo. Le pareció increíble lo que Sofía había logrado recopilar.

La hoja siguiente decía: «El origen de un magnate».

V

El origen de un Magnate

Siendo pequeño, Gian Piero vivió entre telas, lentejuelas, piedrecillas e hilos de colores. Solía jugar con ellos creando trajes de reyes, armaduras de caballeros y príncipes valientes. Le aburría escuchar el cuchicheo de señoras de nariz respingada que carcajeaban entre sí y se mentían unas con otras sobre su delgadez y belleza. A pesar de que la genialidad de su madre lograba transformar esperpentos de mujer en generosas aproximaciones a princesas y reinas, la contextura de muchas impedía cumplir la magia de un cuento de hadas. Su madre jamás las engañaba al respecto, siempre mencionaba que el color de la tela les iluminaba el rostro, que el escote dejaba ver la femineidad y alargaba sus cuellos, y que la elegancia de las aplicaciones sería la envidia de muchas. De ahí a decirles que se veían bellas, jamás, pues en varios casos no era cierto.

Gian Piero pasaba largo rato en la habitación contigua al salón de pruebas, riendo de buena gana con los falsos halagos de las acompañantes: «Qué hermosa te ves», «has adelgazado», «el vestido te hace ver muy estilizada», «qué magistral cambio has logrado en ella, se ve otra persona». Juliette agradecía el reconocimiento a su trabajo, pero nunca sumaba comentarios irreales. Honestidad ante todo,

ese fue uno de los valores que siempre inculcó a su hijo: «Transparencia, verdad y pasión por lo que haces».

Era un niño reservado y observador, pero alegre y despierto. Aunque nunca tuvo muchos amigos, no faltaba uno que otro en sus juegos de ingenio, escondites y construcción de madrigueras para animales. Le gustaba sentir que daba refugio a desamparadas y huérfanas criaturas que, vagando por el bosque, encontraban en sus construcciones un lugar donde sentirse protegidas. Armaba perfectas cuevas con ramas y barro, y dejaba en ellas algún alimento para que tuvieran algo que comer al llegar ahí. Proyectaba en ellos la ausencia de su padre, un padre del cual poco sabía, solo que estaba muerto antes de su llegada al mundo. A veces odiaba su entorno tan femenino y deseaba con tristeza haber tenido un padre con quien andar a caballo, pescar en el río y jugar a policías y ladrones. En ocasiones, el padre de algún compañero de escuela lo invitaba a pasar unos días en las montañas, observando animales y escalando laderas. Esas ocasiones las atesoraba. Las vivía como si estuviera con su verdadero padre y hermano. Era como hacer realidad su más profundo anhelo.

Su madre siempre le dijo cosas buenas de su padre: que era apuesto, trabajador, respetuoso, delicado y amoroso. No entendía muy bien por qué, a pesar de que se lo había explicado un millón de veces, usaban solo el apellido de ella: «Hijo, tu padre fue una gran ayuda para nuestro país. Durante la guerra, nos quiso proteger evitando el uso de su apellido en nuestros nombres. Con eso, si por alguna razón era perseguido por el enemigo, nosotros estaríamos a salvo sin ser relacionados con él».

Aunque le encontraba cierta lógica a la explicación, habían pasado muchos años desde entonces y no había más

guerras que enfrentar, sin embargo, su madre mantenía esa mentira para evitarle un dolor mayor. Poco se hablaba al respecto. La abuela Grir, así le decía Gian Piero con cariño, reafirmaba la versión, aunque sabía claramente que no era la verdad sobre su origen. Prefería que el niño pensara en un padre patriota que en un débil infiel. Ya llegaría a su madurez para enfrentar la realidad. Mientras tanto, la vida transcurría entre satén y terciopelo; suave y protegida. Era un niño feliz, a pesar de no tener padre.

Al terminar la escuela, ya con diecisiete años, había tomado el gusto por el negocio de la confección. Miraba con agudeza la forma en que su madre y Grir, además de realizar elegantes vestidos, administraban el dinero, invertían en nuevas telas, máquinas y mano de obra. Se habían mudado dos veces de casa para ampliar los espacios de costura y atención a las clientas. Y aquel último cambio fue diferente. Ya no vivían en el mismo lugar en el que trabajaban. Para montar la fábrica compraron un viejo pero firme galpón que había albergado alfombras turcas. Por aquel entonces, ya contaban con siete costureras, cuatro cortadoras de tela y cinco bordadoras. Era toda una industria de la moda. Muchos de los diseños eran propios y otros los proporcionaban las mismas clientas, quienes a veces llegaban de la mano de la modista de turno. Juliette y Grir contaban con una muy buena reputación en el área, por lo que la fábrica funcionaba como un muy bien aceitado engranaje. Con las áreas de producción fluyendo como río en deshielo, y la linda y delicada área de atención a clientas montada en el mismo lugar, la fortuna comenzó a solidificarse y crecer.

En las tardes, después de la escuela, a Gian Piero le gustaba pasar a ver las máquinas y hurgar en libros de cuentas y papeleos de oficina. Le encantaba mirar números

y ver cómo su madre y Grir manejaban no solo los hilos de la confección, sino todos los hilos del negocio. Fue cuando nació en él el gusto por el mundo de las ventas y la producción.

En esos años solo podía mirar y ayudar en alguna que otra faena. Necesitaría estudios universitarios para hacer de esa empresa una real compañía en el mundo de la moda.

En ese tiempo, apareció una importante clienta: *lady* Violette y su esposo Carlo, un acaudalado italiano. En su primera visita dejó algo confundidas a Juliette y Grir. Nunca habían recibido a un matrimonio en el atelier. Las visitas eran siempre mujeres solas o con amigas en busca del vestido ideal para sorprender a esposos o amantes, por eso la llegada de ambos fue inesperada. Don Carlo, de penetrante mirada azul y superando en más de una cabeza a *lady* Violette, actuaba preocupado y cariñoso. Ella se mostraba reservada y sumisa. Su blanquecina piel la hacía parecer algo enferma, pero sus labios bien pintados y elegante peinado lo ponían en duda.

Dado que por primera vez atenderían a una pareja de esposos, Juliette y Grir se aprestaron a trabajar juntas para recibirlos de manera dedicada. Dijeron estar en búsqueda del más bello de los vestidos para ir a una gala en Versalles. Era una invitación especial del presidente de Francia a filántropos del mundo, en donde se les pedía ser partícipes de campañas humanitarias. *Lady* Violette era poseedora de gran fortuna, al igual que don Carlo, con quien se había casado hacía algunos años. Vivían en París y tenían un pequeño *chateaux* de verano a las afueras de Provins. La infertilidad de ella les impidió tener los hijos que soñaron. Eran el cuchicheo de la ciudad y de las operarias de la fábrica, que murmuraban los detalles de sus vidas. Juliette y

Grir, siempre absorta en el trabajo, jamás prestaron oídos a esas historias. Pero ahí estaban, frente a los protagonistas de tantos rumores.

Ella siempre lucía elegante en su talle delgado, y su respingada y diminuta nariz ponía en duda su capacidad de respirar. Él la contemplaba amoroso, aunque su mirada transmitía constantemente incertidumbre y preocupación. Era difícil interpretar el sentir de ambos. Eran una pareja que se amaba, pero algo fatal los acechaba. El aura reinante era poco comprensible, pero tampoco les competía entender. Juliette y Grir se abocaron a la labor que los llevaba ahí y comenzaron a ver telas, encajes, colores, piedras, cristales e hilos. Sumergidos alegremente entre tules y sedas, sonreían entre sí y pasaban un buen rato.

Una vez seleccionados los elegantes géneros, Juliette comenzó a tomar sus medidas: busto, cintura, caderas. Al elevar el brazo de *lady* Violette, esta lanzó un ahogado gemido de dolor que paralizó la acción de Juliette y la obligó a pedir disculpas reiteradas. *Lady* Violette incrustó su mirada en el reluciente piso de madera, inspiró con fuerza para retomar una posición recta y se aprestó a continuar la faena. Juliette miró a don Carlo, quien ya se había levantado del sillón para acariciar a su esposa en señal de protección y consuelo.

Cuando se aseguró de que su esposa estaba bien, con ojos tiernos y tranquilos miró a Juliette y le pidió que continuara.

Juliette quedó enredada en esa mirada cálida, compasiva y varonil que no transmitía más que clemencia también por ella. Era la primera vez que en años un hombre sembraba en su interior una extraña sensación de calor suave y agradable. Después de un fugaz instante atrapada en

sus ojos verdes, prosiguió midiendo al delicado cristal que tenía por molde. Acordaron una nueva visita pasadas tres semanas. Sería la prueba preliminar.

El diseño estaba definido al igual que las telas y, pese a la elegancia de los materiales, primaba la sencillez en cortes y aplicaciones. Juliette estaba confiada. La confección no representaba un gran desafío ni para ella ni para Grir, como lo habían sido otros de algunas extravagantes clientas. Al contrario, a Juliette la simplicidad del diseño le generaba cierto placer, ese que alguna vez sintió al hacer su primer vestido de fiesta que nunca usó, ese que guardaba, como uno de sus tesoros más preciados, en el armario de casa y que, de tanto en tanto, se ponía a escondidas de todos para soñar que iba a un gran baile del brazo del hombre que amó.

Pasadas las tres semanas y según lo acordado, don Carlo y *lady* Violette aparecieron en el atelier. Sus mejillas se veían rosadas, pero su cuerpo estaba más delgado que la primera vez. Esa nueva figura de inmediato les hizo pensar que la prueba estaría desajustada.

Esta vez Juliette tuvo especial cuidado al ayudarla a vestir y tomar sus brazos. Como siempre, ambos fueron muy gentiles y don Carlo volvió a estremecer a Juliette con su mirada penetrante y gentil. No lograba entender qué era lo que se removía en su interior. No era el nerviosismo de sentirse intimidada por un cliente difícil o de la preocupación por no dañar con los alfileres el cuerpo de una frágil clienta. No tenía que ver con nada de ello y lo sabía. Los ojos de don Carlo de nuevo la transportaban a un viaje de pasiones ocultas, aquellas que ya había vivido y que se había prohibido repetir: «¡No!, él es casado, otra vez no», se dijo. Se limitó a hacer bien su trabajo y dio gracias al

cielo de que *lady* Violette no sufriera ningún malestar. Se veía espléndida, elegante, hermosa. Don Carlo la admiró durante un buen rato, mientras ella se miraba en el espejo y hacía flotar gasas y tules al girar. Era digna de un vals en Versalles. Él la abrazó, dio un par de suaves giros y al detenerse felicitó a Juliette por el magnífico trabajo que, aún sin terminar, ambos disfrutaban. De nuevo, su mirada repleta de ternura y agradecimiento turbaba su interior.

Tres semanas después llegaron juntos, como siempre. Se les veía contentos, aunque ella de nuevo más delgada. Juliette comenzaba a sospechar que algo extraño pasaba. No era normal la forma en la que adelgazaba. Por primera vez, ambos saludaron dándole un beso. Don Carlo le tomó la mano y la besó en la cara con delicadeza. Al sentir su mejilla perfectamente afeitada, una corriente de deseo la recorrió por dentro. No podía permitir ese sentimiento, no quería sucumbir a un hombre prohibido. Aludiendo una pequeña jaqueca, pidió a Grir y a una ayudante proceder con la prueba. Ambos clientes lamentaron su dolencia y la excusaron. Juliette subió a la oficina en busca de refugio e intentó apagar la pasión que comenzaba a consumirla. Odiaba lo que estaba sintiendo. Estaba feliz con su empresa, su hijo y todo lo que estaba logrando junto a Grir. No quería desviar sus energías en metas imposibles. Sus fuerzas y concentración solo eran para la fábrica y Gian Piero, sus estudios y su futuro. Soñaba con que su hijo fuera exitoso, jamás le faltara nada y se enamorara de una buena mujer que le diera hijos y felicidad. Los sentimientos que despertaba don Carlo eran una barrera que se interponía en esa tarea. Sus pensamientos se nublaban, su estómago de nuevo se agitó como una quinceañera y el rostro de Gino desafiaba al olvido.

Grir la devolvió a la realidad tocando la puerta de la habitación donde se había escabullido. Los clientes pedían su presencia si su malestar lo permitía. Y centrándose de nuevo en sus metas, el negocio, la satisfacción de los clientes y su hijo, volvió al salón de pruebas.

No alcanzaba a pedir disculpas por haberse ausentado, cuando ellos pidieron excusas por hacerla volver. Querían agradecer el excelente trabajo y la alegría que eso les causaba. Juliette aceptaba con humildad el reconocimiento e intentaba mirar solo a *lady* Violette. Sabía que si miraba a don Carlo explotaría el color en su cara y transparentaría un sentir que había bloqueado por años. Pero le fue imposible. Don Carlo le tomó ambas manos, la miró con dulzura y gratitud, como era habitual en él, y le regaló una espléndida sonrisa al tiempo que le decía: «Sus manos son sorprendentes, la felicito». Nada pudo impedir que se sonrojara.

En ese instante irrumpió Gian Piero llamando con voz fuerte y alegre a su madre. Al abrir la puerta del salón y descubrir que no estaba a solas, su voz se ahogó bruscamente bajo la mirada de sorpresa de los presentes, lo que ayudó a Juliette a sortear el bochornoso momento. Gian Piero, disculpándose por interrumpir, dio las buenas tardes y se marchó.

Grir la descubrió. La conocía bien y sabía que algo se movía en su interior en cada visita de los Sabadini. No quiso empujarla a hablar, no era de su incumbencia indagar en esos asuntos, considerando, además, que don Carlo era un hombre felizmente casado y que el pasado de Juliette tenía un tormentoso final con un hombre en la misma situación. Dejó el tema a un lado y trató de concentrar la conversación en lo laboral y en la familia.

Pasadas otras acostumbradas tres semanas, llegó el día de la prueba final, prueba que no pudo llevarse a cabo. La noticia de la muerte de lady Violette fue inesperada. Nadie sabía de su enfermedad, pero ese brazo sufriente en la primera prueba y sus continuas bajas de peso habían lanzado una señal. Recibieron la notificación enviada por don Carlo, junto a un cheque por el pago del vestido. La tristeza cubrió el atelier por varios días.

La historia se volvía cada vez más increíble, pensaba Elizabeth. Cada detalle, cada episodio en la vida de esa mujer la impresionaban.

Sofía había hecho un esfuerzo épico al lograr todos esos antecedentes del pasado. Se había dado el trabajo de transcribir cada testimonio y de adjuntar cada uno de los antiguos archivos recuperados en distintas bibliotecas. Tenía que seguir leyendo, la curiosidad la llevaba ahora a «Un funeral y un romance».

VI

Un funeral y un romance

Lady Violette había sido una dulce, delicada y amable cliente. Una dama de esas que pocas veces se tiene el placer de conocer. Con su trato deferente y educado, jamás marcó la diferencia de clases. En esas cortas semanas, donde todo fluyó entre telas, se había construido una cálida relación. No tuvieron más remedio que asistir a sus funerales y presentar sus condolencias a don Carlo.

Fue una fría y gris mañana de otoño, cuando Grir y Juliette se vistieron de riguroso luto para estar presentes en su último adiós.

Después de una ceremonia religiosa, inmersa bajo los melancólicos acordes de un antiguo órgano y el intenso perfume de rosas blancas en el altar, fue llevada al cementerio de Provins. Don Carlo sostenía una de las manillas de su féretro, ayudado por amigos y familiares. Su dolor se irradiaba a todos los presentes. Su esforzado caminar sostenía no solo el peso de un cuerpo inerte, sino también el peso de su propio abandono, una soledad con la que tenía que comenzar a lidiar. Sus ojos, incrustados en el suelo, miraban la tierra que se tragaría a la mujer que un día tuvo entre sus brazos.

Juliette no pudo disimular su tristeza y tuvo que hacer un gran esfuerzo por evitar más de una lágrima.

En el cementerio, toda la naturaleza expresaba su pena. Los árboles parecían llorar, dejando caer hojas amarillas al paso del ataúd. El frío viento traspasaba los huesos y la niebla se sumaba a las lágrimas que bajaban por las mejillas de los más cercanos. El cuerpo sin vida de *lady* Violette transitaba, por última vez, a través de una alfombra de ramas y hojas. Llantos, sollozos y lamentos flotaban junto al doloroso murmullo del padrenuestro.

Lady Violette y don Carlo habían sido una pareja de gran linaje, y sus familiares y amigos presentes pertenecían también a ese mundo. Sin embargo, ese día la tristeza no hizo distinción de clase social, a todos los doblegó por igual.

Juliette y Grir, un poco más alejadas, se unieron a la procesión. A pesar de la distancia, don Carlo las divisó y lanzó una mirada que atravesó a Juliette. Pudo sentir su pena, pero de nuevo apareció el sentimiento al que se negaba y que removía sus entrañas. No le era indiferente, no podía mirarle a los ojos sin sentir escalofríos y un agradable y relajante hormigueo. Se sintió culpable por estar ahí mirándolo como una hembra en celo.

Con el pasar de los días, el trabajo fue diluyendo la tristeza de tan lúgubre día. Para Juliette, sumirse de regreso entre hilos y costuras fue el único camino para eliminar el romántico embrujo del cual era presa. Entre puntada y puntada, el rostro de don Carlo comenzaba a desdibujarse de su mente, y el nuevo desafío de incluir la confección de ropa para caballeros la ayudaba a desviar sus pensamientos y alejarse lo más posible del recuerdo de sus ojos verdes.

La fabricación de ropa masculina, además de la línea femenina, comenzaba a dar frutos. El negocio mejoraba y

las ganancias crecían, permitiendo renovar maquinaria y contratar más costureras.

Fue en esos días cuando llamaron a la puerta del atelier. En su umbral apareció, desvalido y sombrío, don Carlo. Su visita tenía dos propósitos, dijo, agradecer la compañía el día del funeral y la necesidad de confeccionar para él, otro traje de luto. Juliette sintió lástima y felicidad al mismo tiempo. La lucha contra sus sentimientos era infructuosa y la aparición de ese hombre en duelo hizo brotar a fuego sus ansias de abrazarlo, consolarlo y amarlo.

Trabajaron durante semanas no solo en uno, sino en varios trajes. De luto, de gala, de viaje, de caza. Cada uno de ellos representaba encuentros llenos de emociones para Juliette, comenzando a sentir que él también le correspondía con pequeños gestos de cariño, pero le costaba estar segura de si su actitud era un sentir recíproco o simple simpatía y caballerosa gratitud. En varias de sus visitas llegó con un ramillete de flores silvestres, que ella agradeció con un café prolongando su estadía en el atelier.

Pasaron así casi seis largos meses. Varias sesiones seleccionando telas, accesorios, puños de camisas, toma de medidas, pruebas, un café y otro café, hasta que un día don Carlo apareció sin previo aviso a pedir su asesoría en la selección de unas telas que llegaban de Turquía. Le serían presentadas en su *chateaux* y necesitaba ojos expertos que lo ayudaran a seleccionar. Juliette se sentía algo avergonzada, pero aceptó, ya que don Carlo pagaría bien por su servicio.

El castillo Vuax le Vicomte era magnífico. La hermosa edificación del siglo XVII era una herencia familiar de *lady* Violette, que hoy quedaba en manos de don Carlo. La gran cúpula central albergaba un enorme salón de baile en mármol celeste y gris. La luz entraba con fuerza a través

de sus más de treinta pequeños ventanales superiores y de sus quince puertas vidriadas con grandes arcos de talladas molduras. Los jardines de palacio, más pequeños que los de Versalles, lograban transmitir similar imponencia. Fuentes de agua en movimientos oscilantes, largos y verdes pastizales, puntiagudos pinos y frondosos matorrales de coloridos crisantemos alegraban el paisaje.

Juliette se sintió indigna al atravesar esos majestuosos muros. Al llegar, fue recibida por dos de sus sirvientes, uno recibió su abrigo y el otro la condujo a la gran sala en donde estaba don Carlo y el comerciante de telas. Era una espléndida biblioteca con muros tapizados en terciopelo rojo y sillones de cuero con alto respaldo. En el centro, una enorme lámpara de araña colgaba desde lo alto, con cristales reflejando una cálida luz.

Allí estaba don Carlo, quien la recibió afectuoso y cortés, tomando delicadamente su mano y presentándole al vendedor de telas. Todo fluyó entre risas, cuentas y té.

Cuando ya todo estuvo definido, el mercader se retiró y don Carlo pidió a Juliette que lo acompañara con otra taza de aquella exquisita infusión de la India. Conversaron por horas, con gran soltura y espontaneidad.

Ese día, después de casi ocho largos meses de simple relación laboral, él la miró con ojos enamorados. Al despedirse, le tomó la mano y le pidió que le permitiera volver a verla.

Jamás se separaron. El amor entre ambos se hizo fuerte. Él era un hombre amable, preocupado, generoso. Adoptó a Gian Piero como hijo, quien lo quiso como al padre biológico que nunca conoció.

A pesar de la gran fortuna de don Carlo, que cubrió todas las necesidades de Juliette y el niño, ella siguió trabajando

junto a Grir. Jamás pasó por su mente abandonarla. Le debía la dicha de su afortunada vida y permanecería a su lado pagando su deuda de gratitud. Había salvado su vida y la de su hijo.

Transcurrieron años de gran bonanza y plena dicha para Juliette. Se casó con un hombre que jamás le impidió nada, que apoyó su negocio y educó a su hijo en las más prestigiosas escuelas y universidades.

Al fin cumplía el sueño de amar sin restricciones ni oscuras mentiras. Gian Piero creció junto a un padre cariñoso al que amaba y respetaba, pero siempre con el deseo de saber algo más del padre que lo engendró.

Elizabeth llevaba varias tazas de café sobre su escritorio y una serie de anotaciones en su libreta. Tomaba apuntes como si después tuviera que rendir un examen. Necesitaba registrar, por sí misma, los aspectos principales de los que se estaba enterando. Nada podía tomarla por sorpresa en el momento de enfrentar al futuro comprador. La idea comenzaba a quedar un poco más clara respecto de él, pero necesitaba seguir leyendo para despejar algunas dudas. Dio vuelta a la página. El encabezado decía: «La partida de Grir».

VII

La partida de Grir

A los pies de la cama de Grir, Juliette repasaba cada uno de los momentos compartidos: cuando embarazada tocó a su puerta y ella con dulzura la cobijó; cuando comenzó a crecer el proyecto de las costuras y entre géneros e hilos fueron modelando un mejor futuro; cuando salvó su vida y la de su hijo al nacer; cuando juntas buscaban un nuevo hogar para instalarse y comenzar de nuevo; cuando disfrutaban de esas largas charlas en donde Grir trataba de convencerla de contar a Gian Piero la verdad sobre su padre... Tantas y tantas vivencias compartidas junto a esa gran mujer que, ahora, yacía débil y en sopor.

Su partida era inminente. Era difícil imaginar la vida sin ella, difícil resignarse a su ausencia. «Contra la visita de la muerte nada se puede hacer, cuando llega, viene para llevarnos», meditaba Juliette mientras contemplaba las prominentes venas en las manos de Grir, esas que aún llevaban sangre tibia a su corazón.

Grir había contraído una fuerte viruela. Los vómitos delataron unos prominentes huesos, cubiertos apenas por un deshidratado pellejo. Ya nada tragaba. La fiebre la hacía delirar y las molestas erupciones en la piel, emitir ahogados

quejidos. Hasta en eso fue generosa, siempre disimuló el dolor, jamás se quejó de nada.

Entre hondos suspiros y fugaces instantes de lucidez, Grir no dejaba de instar a Juliette a compartir la verdad con con su hijo, verdad que podía ser dolorosa, pero que necesitaba ser contada. Juliette siempre inculcó en su hijo los valores de honestidad y compromiso, y no podía faltar a uno de ellos dejando de ser sincera con él. Era un hombre de gran corazón y entendería que había omitido esa parte de su vida por protegerlo. Hoy, ya maduro, podría aceptarla. Las palabras de Grir, aun en su agonía, la empujaban a ser franca con su hijo.

La noche en que Grir empeoró, Juliette durmió a su lado. Fue una vigilia repleta de paz y contemplación. Pidió estar a solas con ella. Tomada de su mano y acariciándola sin parar, intentaba transmitirle su más profundo agradecimiento. Habían sido más de veinte años a su lado repletos de amor; Grir fue la madre que no tuvo.

La mañana que partió, un tenue rayo de sol entraba por la ventana iluminando con calidez la habitación, pero la mano de Grir, la que Juliette había sostenido toda la noche, estaba helada por completo, helada con ese frío que solo deja la presencia de la muerte.

La confidente de tantas angustias, amiga de cálidas pláticas, compañera de negocios, abuela de su hijo, madre que reprende y enseña había partido. Su corazón se apretó y ahogada en llanto se lanzó a abrazarla. Era la última vez que la tendría cerca, que podría tocarla y llorar a su lado como tantas veces lo había hecho. Verla pálida e inerte en esa cama desgarraba su corazón. Se había ido sin alborotos, sin aspavientos, sin molestar a nadie.

Los llantos de Juliette se escuchaban tras la puerta. Gian Piero entendió de inmediato lo que sucedía y corrió junto a su madre para confortarla. No pudo dejar de derramar sus propias lágrimas y sentir el corazón aplastado.

Mientras abrazaba a su madre, se agolparon en su mente aquellos recuerdos de niño junto a Grir. Los acertijos a los que tanto le gustaba jugar y que le ayudaban a desarrollar su ingenio; las travesuras entre géneros cuando se escondía de ella; aquellos platillos elaborados juntos en la cocina; esos cálculos matemáticos que Grir, fingiendo ser incapaz, siempre le pedía realizar por ella con la sola intención de potenciar sus destrezas contables. Tantas profundas conversaciones sobre ella, él y su pasado. Su muerte lo dejaba con una parte de su historia sin ser revelada. Muchas veces le dio luces de que faltaba una pieza en el rompecabezas de su vida, pero no era ella quien debía poner el fragmento que faltaba. Sin embargo, con todo el amor y dulzura que siempre le entregó, Gian Piero casi no necesitaba nada más. Hoy partía. Perdía a esa mujer que fue como una madre más; aquella que lo cuidó y sermoneó como a cualquier niño. El cariño de Grir lo había llenado de humanidad y convertido en una mejor persona. Era un potente modelo de rectitud, entrega y fidelidad; grandes valores que siempre imitaría.

Sus funerales fueron íntimos. Grir no tenía hijos y ya varias de sus amigas habían emprendido aquel camino antes que ella. Estaban presentes las operarias de la fábrica, quienes mucho la apreciaban, y algunos cercanos de don Carlo que también la conocieron. Fue una linda sorpresa ver a buenas clientas que, con gran respeto y afecto, presentaron sus condolencias.

El día brillaba, se sentía una cálida brisa que ayudaba a entibiar el espíritu y el verde intenso de las hojas de árboles y arbustos recién brotados impregnaban de esperanza el ambiente; esa esperanza de quienes creen en la vida eterna. Era primavera y parecía que Grir había escogido el momento, el día y la época del año para suavizar la pena de aquellos que la despedían. Su pequeño ataúd, que casi no pesaba, circulaba rodeado de geranios y tomillos en flor que adornaban delicadamente su camino y regalaban un perfume que volvía más tenue el dolor. Era como si el cielo se alegrara de recibirla y le diera la más bella de las bienvenidas. Ella lo merecía. La naturaleza entera enaltecía su última senda.

De regreso al palacio, junto a don Carlo, Juliette estaba inmersa en los recuerdos y en la soledad que emerge después de cada muerte: «Al fin y al cabo, solos llegamos al mundo y solos nos vamos», pensaba.

Aunque había logrado encontrar el amor, amistad verdadera en Grir y la dicha de tener un magnánimo hijo, había luchado sola para llegar donde estaba, había sufrido sola el abandono de sus padres y sola seguiría enfrentando lo que la vida le deparara. Todos los que la rodeaban tenían sus propias preocupaciones y necesidades y, a pesar de sentirse bendecida, sabía que el dolor, la angustia y las dudas eran sentimientos únicos e individuales.

Elizabeth estaba perpleja. Sentía una especie de interés morboso por seguir leyendo aquella trágica, pero a la vez sentida historia de vida. Ya iba entendiendo el interés del magnate Sabadini en la compra de la mansión Visconti. Cada vez se

aclaraba más su obsesión por la propiedad. Eso daba luces de que la venta, tal vez, no le daría mayor dificultad.

Se levantaba el telón. Elizabeth agregaba cada vez más piezas al puzle de la vida de Gian Piero y la imagen iba apareciendo como el paisaje que se descubre al evaporarse la niebla. El próximo documento en sus manos, «Una verdad y una herencia», seguro confirmaría lo que ya su mente elucubraba.

VIII

Una verdad y una herencia

Con la muerte de Grir, Gian Piero asumió el área financiera del atelier. El legado de esa mujer había sido ejemplar. En lo humano, su alma generosa a manos llenas. En lo laboral, una experta tesorera de las arcas del negocio. Todo estaba en perfecto orden y claridad.

Gian Piero, a los treinta años, ya contaba con una fortuna y gran maestría en los negocios. Había logrado mantener el imperio a costa de arduo trabajo y perseverante estudio. Su padre adoptivo lo había favorecido. Don Carlo Sabadini costeó prestigiosas universidades: Harvard, Stanford y otras célebres facultades cimentaron sus lúcidos conocimientos en el área del marketing y *Business Administration*. Además de la marca de alta costura que manejó por décadas junto a su madre y que fue la puerta de entrada al mundo de los negocios y el *glamour*, sumó a su capital una empresa inmobiliaria y una aerolínea comercial.

La fábrica de confecciones funcionaba viento en popa. La había internacionalizado cruzando fronteras a Italia, donde la transformó en una boyante industria de la moda. Italia no había sido escogida al azar. Con el fin de hurgar en sus orígenes, levantó en Milán una nueva fábrica, y entre

negocio y pasado fue reconstruyendo su historia, esa de la cual aún faltaban partes.

Su padrastro colaboró con generosidad. Siempre lo consideró un chico responsable e inteligente y depositó en él toda su confianza; siempre le tuvo fe. Don Carlo fue su socio capitalista y su madre, orgullosa, continuaba guiándolo en el tema del diseño.

En esos años de expansión, don Carlo cayó gravemente enfermo. Sus ya casi ochenta y cinco años habían debilitado su corazón y a los pocos días de agravarse falleció de un infarto fulminante. A Juliette la invadió una desolación profunda. No alcanzó a despedirse ni a decirle nuevamente cuán agradecida y enamorada estaba. Había sido un hombre cariñoso con ella y su hijo. Durante más de treinta años disfrutó de tener un compañero que había dado a su vida una nueva oportunidad.

Para Gian Piero, la muerte de quien fuera como su padre despertaba cada una de las incógnitas respecto de su progenitor. Aún no entendía por qué su madre escondía tan celosamente esa parte de su vida. Los años le quitaban crédito a la historia de que era un héroe de guerra y que por protegerlos les había negado su apellido. Constantemente se preguntaba por qué su madre seguía manteniendo ese secreto ya tan poco creíble. Sin embargo, el hombre que se alejaba para siempre de su lado le había dado todo lo que siempre esperó de un padre: cariño, dedicación y el ejemplo de hombre en el que quería convertirse. Eso era lo único que en ocasiones atenuaba sus ansias de seguir hurgando en un pozo de oscuras preguntas.

La partida de don Carlo se llevaba las últimas energías de Juliette. Su vejez le pesaba hasta el cansancio. Gian Piero manejaba el negocio a la perfección y era el heredero

de la inmensa fortuna de su padrastro, con lo que podría vivir tranquilo el resto de sus días. Si era inteligente, sabría invertirla de buena forma. Ya era un hombre y su madre lo miraba con orgullo. Solo le atormentaba no haber sido capaz de contarle la verdad sobre su padre. Gian Piero quería saberla por dura que fuese; podría enfrentarla, perdonar y olvidar. Las más de tres décadas junto a don Carlo les habían dado la oportunidad de rehacer el camino y ser felices, por lo que el peso de su pasado ya había sido suavizado con un presente repleto de bendiciones. Su hijo merecía la verdad y ella se la debía.

La delicada salud de Juliette la empujó a mirarlo cara a cara y sincerarse. Quería partir en paz con Dios y con él. Entonces, cuando ya le quedaban apenas fuerzas, le reveló lo más importante de su vida: la identidad de su padre.

Fue un duro golpe. Saber que su llegada al mundo cobraba la vida de su progenitor le hizo sentir una mezcla de pena y oscura vergüenza. Un padre incapaz de aceptar, con hombría y determinación, el nacimiento de un hijo le causaba una profunda decepción. Su suicido lo llevaba al púlpito de los cobardes y cuando pensaba en ello aborrecía haber heredado alguno de sus genes. A pesar de ello, Gian Piero no pudo contener ni su pena ni sus lágrimas, a las que se sumaban las de su madre, implorando su perdón.

Pero ¿quién era él para juzgarla? Ella le había dado todo y era un ejemplo de lucha y supervivencia. Había sido una mujer llena de fuerza y amor por él. Esa era la huella genética que quería en su vida. Y aunque el legado de don Carlo le facilitaba la tarea, jamás olvidaría el gran modelo de superación que su madre le había inculcado.

La partida de los tres seres más queridos en su vida lo dejaban huérfano, pero el potente legado de cada uno

de ellos le daba la energía para continuar y honrar sus memorias, manteniendo viva la fábrica que con tanto esfuerzo Grir y su madre habían fundado. La gran fortuna emocional y económica que recibió lo transformaron en un hombre íntegro y rico. Seguiría dando trabajo a mucha gente y la filantropía sería la forma de agradecer lo que la vida, a través de don Carlo y su madre, le habían entregado. Ahora ella descansaba en paz al lado de su mejor amiga y de su amado esposo. Su funeral fue sencillo, acompañado de operarias y algunas de sus más cercanas clientas. Un día repleto de sol que hacía más llevadera la pena.

A solas en el cementerio, Gian Piero, con la mirada perdida en sus lápidas, prometió no defraudarlos y seguir trabajando por enaltecer esa gran sucesión.

Agradeció a don Carlo por haber sido un padre, amigo y socio, jurándole que se sentiría orgulloso de haberlo adoptado. Agradeció a Grir por su inmenso cariño, y a su madre por su incondicional y protector amor. Después de dejar las flores sobre sus tumbas, limpió las lágrimas que terminaban de lavar su cara y partió.

Con la verdad en sus manos, cobraba más sentido Italia como segunda base de operaciones para su imperio de la moda. Ahí desenterraría cada detalle de su pasado y podría, tal vez, cicatrizar una herida abierta que siempre sangró sin nombre y apellido. Hoy los tenía.

PARTE II



Él y su razón

I

La razón

A hí estaba Elizabeth; atónita con la información que tenía en sus manos. Ahora lograba entender la razón de tan impresionante oferta de compra. Gian Piero Sabadini era casi el heredero legal de la mansión, pero todos los años que había pasado bajo el anonimato y el no haber podido llevar el apellido Visconti legalmente, le impedían adjudicarse algo que por derecho sanguíneo le correspondía. Juliette, embarazada, había huido a Francia con el fin de proteger a un hijo que habría sido tratado, siempre, como un bastardo en ese lugar.

La hora apremiaba y el día comenzaba a terminar. Elizabeth debía partir de inmediato a la mansión. Quería recorrer algunas de las habitaciones y salones. Tenía que comenzar a sumergirse en los detalles del inmueble, que ahora, además, estaba inmerso en un contexto histórico bastante peculiar.

El palacio pertenecía a la dinastía Visconti de Milán y hoy estaba en manos del único heredero vivo: Pietro Talone Visconti. Elizabeth supuso que podría ser un primo hermano de Gino Visconti, padre biológico de Gian Piero. La apoteósica casa había sobrevivido a varias invasiones y guerras. Nunca fue cedida al gobierno de turno, como

tampoco pudo ser comprada por empresas hoteleras que insistentemente trataron de adjudicársela con ofertas millonarias. Abandonada, hace ya cuatro décadas, don Pietro había decidido venderla. Con noventa años a cuestas, el anciano de lucidez envidiable, pidió a sus abogados gestionar la venta. El prestigio de la oficina de corretaje donde trabajaba Elizabeth puso el negocio en la puerta y durante doce meses prepararon la estrategia que estaba a punto de dar sus frutos.

Habían circulado muchas ofertas, pero la de Sabadini había sido la más contundente.

Antes de aceptarla, pasaron por una especie de remate, en donde las ofertas de cada interesado aumentaban cada día al enterarse de que el otro subía la suya. Finalmente, la proposición de compra del magnate sobrepasó los límites de la comprensión. Varios millones de dólares sobre la mesa los convencieron de que debían viajar al encuentro del comprador, ya que de no gustarle el lugar todo se vendría abajo. Si bien él había visto fotos, la condición de compra era visitar la propiedad ubicada en la Puntilla de Via Marconi. Elizabeth entendía ahora muy bien la razón del señor Sabadini al poner aquella condición: conocer el lugar donde había vivido su padre. De seguro ese momento le causaría una inevitable congoja, pensó, pues la historia sería para él una verdad difícil de asimilar.

Finalmente, con el maletín aún repleto de información por leer, Elizabeth salió de la oficina rumbo a la mansión. Se subió a la motocicleta alquilada y disfrutó del viaje por aquellas estrechas callejuelas. Kilómetro a kilómetro se iba convirtiendo en la versión femenina de Bernardo Bertolucci. Debía transformarse en una especie de productor cinematográfico para lograr vender la corroída pero extraordinaria

construcción porque, aunque el *prospect* tenía lazos sentimentales con el lugar, tal vez podría rechazarlo si ella no era capaz de darle una imagen renovada e impregnarle un prometedor futuro. Debía convertir aquellas ruinas en una escenografía grandiosa y única. Tenía que ser capaz de vender algo que no estaba a la vista y lograr que Sabadini concibiera en su imaginación lo que podría llegar a ser aquel lugar. No sabía con claridad el destino que le daría el magnate al inmueble, pero fuera cual fuera, ella debía ser capaz de seducirlo para cerrar el negocio. Aunque, por sobre todo, debía ser capaz de borrar la orfandad que ese lugar había generado en su vida. Gracias a la información que poseía sobre él, sabía que había tenido un pasado difícil, que tenía alrededor de cuarenta años, contaba con una gran fortuna e importantes negocios a nivel mundial.

Cualquiera de sus millonarias transacciones descansaban en manos de las firmas de abogados que le representaban y en quienes dejaba la burocracia doméstica de los papeleos.

Elizabeth había recopilado algunas fotos en las que aparecía de vez en cuando en algún evento de beneficencia. Aunque no eran primeros planos, pudo darse cuenta de que era bastante guapo. Alto y de facciones masculinas, cualquier reunión con él prometía ser una grata cita, al menos para los ojos. De su personalidad y carácter poco se sabía: muy reservado y de escasas entrevistas. Rara vez se escuchaban comentarios. Vivía, casi, bajo el anonimato. Se especulaba sobre varios amoríos con bellas modelos y un fallido matrimonio que no llegó a concretarse, debido a la infidelidad de la novia descubierta antes de tiempo. No se le conocía relación estable ni tampoco hijos. Seguía siendo un millonario seductor y apetecido entre el círculo de las solteras, separadas o viudas; en síntesis, seguía «disponible».

Elizabeth también embellecía cualquier cita. Su delgada figura de cintura marcada, encantadora y amplia sonrisa y sus apenas treinta años crearían una grata atmósfera en la reunión con el abogado de turno designado por Gian Piero para la visita a terreno. A él lo conocería una vez que el negocio estuviera cerrado.

Llegó a la mansión Visconti en apenas treinta minutos de un fresco viaje en motocicleta por el glamoroso acantilado. Una ruta repleta de mansiones, hoteles y un verde entorno. Mientras viajaba, divagaba en su mente cada detalle del encuentro que tendría con el abogado en un par de días: cómo saludar, las palabras exactas que usaría, lo que vestiría y los detalles financieros. Meticulosamente, iba creando el paso a paso del negocio en su cabeza.

Cuando llegó, el portón de acceso a la mansión estaba entreabierto. Sofía le había entregado un manojito de llaves oxidadas y cada una indicaba su utilidad, por lo que le extrañó verlo así. Agradeció no tener que usarlas, pues de seguro la herrumbre del cilindro le daría trabajo. Sin embargo, el espacio que dejaba paso libre a cualquiera la intimidó. La hora del día aún le brindaba luz para distinguir movimientos extraños, así es que sin alojar malos pensamientos empujó con dificultad el conjunto de gruesos barrotes y entró.

Tuvo que esquivar algunas ramas desprendidas de los añosos árboles y, rodeando la plazoleta central, llegó a la puerta principal. De centenario y pesado roble, quemado por el sol, el gran portalón mostraba su pasado. Astillados cantos y vidrios rotos dejaban ver el interior donde flotaba el polvo que intentaba cubrir la evidencia de lo que había sucedido bajo ese techo. Una vez dominada la trayectoria, entró. Atravesó el porche hasta llegar al gran ventanal que

daba a la terraza. Dio unos cuantos giros sobre un hermoso parque de marquetería que lograba ver bajo las hojas que lo cubrían. Admiró el espléndido trabajo que, a pesar de los años, aún dejaba ver sus detalles. Pensó que con solo pulirlo reviviría su esplendor.

De inmediato imaginó una elegante recepción de hotel recibiendo huéspedes ilustres, millonarios o artistas de Hollywood. Comenzaba a imaginar cada espacio, creando una escena irresistible que lograra despertar en el cliente el impulso irrefutable de querer comprar. Pero de seguro este comprador la querría igual y eso facilitaba las cosas.

Después de disfrutar del fabuloso *hall* de acceso, subió por una de las dos escaleras que lo rodeaban. Al llegar arriba, la recibió un balcón de elegantes balaustres tallados y torneados. El abandono había hecho su trabajo y cada soporte de madera tenía raíces enrolladas en él. Aun así, era magnífico y pudo imaginarlo pulido, barnizado y brillando como nuevo. Al mirar hacia abajo tuvo una imponente vista del *hall* principal. A su espalda, se alcanzaba a ver el ya casi anaranjado Mediterráneo, a través de un corroído ventanal. Un enorme arco lo coronaba y algunos pilares de madera lo dividían en tres. Ya no contaba con ninguno de sus vidrios, por lo que la fresca brisa de la tarde llegaba a su cara. Mientras respiraba profundo, logró distinguir la agrietada piscina en el centro del jardín.

El tiempo que se había tomado en la oficina para estudiar parte del portafolio histórico de la mansión le dejaba poca luz del día para poder recorrer con calma el lugar.

Supo, por los planos que había revisado, que de los dos pasillos que la antecedían la llevaban a la gran *suite*. Decidió dar prioridad, en esa, su primera visita, al de mano

izquierda. Giró y caminó por el corredor que dejaba ver una puerta que dada la distancia se percibía pequeña.

La galería era relativamente oscura, pero de seguro la luz de la mañana la haría ver esplendorosa, gracias a las pequeñas ventanas en su techo. Todo la invitaba a avanzar. Imaginó elegantes arrimos con jarrones de alegres colores y algún que otro candelabro. Grandes floreros perfumando el camino y retratos de la familia colgando de sus tapizados muros. En esas paredes aún se veían vestigios de revestimiento de paños turcos y trozos de gobelinos deshilachados por los años. Fue admirando y volviendo a idealizar un pasillo repleto de color, luz y aroma floral, escenografía que preparaba para transmitir al comprador. Por fin, llegó a la puerta del dormitorio. El más importante de la casa. Después de cautivarse con lo que quedaba de su tallado, la empujó con suavidad. Crujió con un chirrido de viejo mausoleo, al tiempo que apareció ante sus ojos un enorme y desolado espacio. Se quedó parada en el umbral, mientras dibujaba en su mente una gran cama al centro de la habitación. «Cuántos momentos de pasión e infidelidad se habrán vivido ahí», pensó. Todas esas historias yacían durmiendo impresas en sus paredes. Y mientras montaba ese teatro mental, el viento hizo retroceder la puerta hasta abrirla por completo. Volvió la vista y vio una hilachenta cortina de gasa que se movía a merced del viento. En un viejo sillón, que era el único mueble existente, pudo sentir la presencia de alguien que, en la penumbra, no supo si era hombre o mujer. La atravesó un frío de pies a cabeza. La rigidez en sus piernas le impidió salir corriendo y, cuando estaba por reaccionar, escuchó una voz varonil:

—Llega tarde.

Casi sin poder respirar y atónita de impresión, no pudo articular palabra. De nuevo le hablaban:

—Llega tarde, señorita Elizabeth.

El que supiera su nombre la dejó estupefacta y, tragando saliva para lograr hablar, contestó con voz firme:

—Perdón... ¿quién es usted? ¿Y tarde a qué he llegado, según su opinión?

Intentó sonar fuerte y segura para no evidenciar su miedo. Quiso devolver con énfasis la intimidación a la que estaba siendo sometida.

Por tercera vez escuchó:

—Llega tarde. Esta luz no me dejará ver sus bondades.

Al ponerse de pie, logró apreciar un robusto cuerpo masculino que se le acercaba a paso lento con la mano extendida.

—Soy Gian Piero Sabadini.

Agradecimientos

Primero, a los que siempre encabezarán esta sección de gratitud: mi marido e hijos, que, con santa paciencia, siguen apoyándome en esta aventura por escribir.

A mi estimada profesora de las letras, Ana María Güiraldes, quien con dedicación, cariñosa corrección y agudo sentido de la perfección sigue desafiándome a encontrar los caminos más originales e inusitados que, a través de cada párrafo, conmuevan a mis lectores.

A mi compañera de escritura, Vanessa Jiménez, por su generosidad al compartir útiles tips que ayudaron a darle a mi novela los mejores estándares de calidad que requiere un buen libro y que merecen mis lectores.

A mis amigos, que leyeron por anticipado mi manuscrito, enriqueciendo con sus opiniones y sugerencias los rincones de esta historia que fluye página a página. Gracias por vuestra sincera crítica.

A Planeta, que a través de su agudo equipo profesional han trabajado para hacer de esta obra una extraordinaria versión.

Gracias a todos los que de alguna u otra forma fueron parte de lo que hoy es una realidad.

Un abrazo cariñoso a cada uno.